

GR
121
.C8
M3x

GR 121.C8M3x



3 1850 002 336 379

GR
121
.C8
M3x

Martín Llorente
La peseta en el
folklore cubano

MIN 6 1978

Kent State University Libraries
Kent, Ohio

**WITHDRAWN FROM
KENT STATE UNIVERSITY LIBRARIES**

DEMCO

KENT STATE UNIVERSITY LIBRARY, KENT, OH.

WITHDRAWN FROM
KENT STATE UNIVERSITY LIBRARIES

ARMANDO GUERRA

LA PESETA
EN EL
FOLKLORE
CUBANO

Carta de Fernando Ortiz



LA HABANA
1946



Para Andrés y Yolanda,
con la asistencia de
su amor y compañía,
Alfredo Guzmán
Quetzaltenango 1946.

LA PESETA
EN EL
FOLKLORE
CUBANO

Ministerio de Educación

Dirección de Cultura

DISTRIBUCION GRATUITA

No.

DEL AUTOR:

- VICENTE SILVEIRA. (El Patriarca de los Poetas de Occidente). Ens. biog. Artemisa, 1921.
- EL PERIODISMO EN ARTEMISA. (Contribución histórica). Artemisa, 1923.
- UN PROCER HUMILDE. Tranquilino S. de Noda. Prólogo de J. N. Aramburu. La Habana, 1924.
- EL SENTIMIENTO ETNICO DE MARTI. Carta-Prólogo de Néstor Carbonell. La Habana, 1925.
- CELESTINO GARCIA, EL TROVADOR. (Conferencia). Artemisa, 1932.
- MARTI Y LA MUJER. Conferencia. Artemisa, 1933.
- LA MUJER VUELTABAJERA EN LA POESIA CUBANA. Conferencia en el "Círculo de Bellas Artes", 1934.
- EL DOLOR EN LA ESCULTURA DE RAMOS BLANCO. Revista "Adelante", 1937.
- PRESENCIA NEGRA EN LA POESIA POPULAR CUBANA DEL SIGLO XIX. Conferencia en la "Sociedad de Estudios Afrocubanos". La Habana, 1938.
- LA PESETA EN EL FOLKLORE CUBANO. Conferencia en la Hispano-cubana de Cultura. La Habana, 1940.

ARMANDO GUERRA

6 678 P

[LA PESETA
EN EL
FOLKLORE
CUBANO]

Carta de Fernando Ortiz



LA HABANA

1946

GR

121

,C8

M37

En noviembre de 1940, a invitación de Don Fernando Ortiz —nuestra más alta figura intelectual—, ocupé la tribuna ilustre de la Institución Hispanocubana de Cultura, para leer esta contribución a nuestro Folklore. Ahora se publica por la atención generosa de mi amigo y conterráneo Amado Amador. A nadie mejor que ellos por agradecimiento, por estimación, dedico.

A. G.

Artemisa, 1946.

Habana, Febrero 16, 1946.

Sr. Armando Guerra,

Artemisa.

Amigo Guerra:

Me pide Ud. el original de su trabajo acerca de LA PESETA EN EL FOLKLORE CUBANO que Ud. leyó hace años en la Institución Hispanocubana de Cultura y que yo conservo para publicarlo en los Archivos del Folklore Cubano. Se lo envió en el mismo sobre de esta carta. Esta revista revivirá en breve, según confío; pero me alegra que Ud. pueda publicar ahora sus eruditas disquisiciones PESETERAS, sin esperar a dichos archivos.

El vocabulario pornográfico y el del dinero son los más prolíficos. Amor y economía, sexo y vientre, son los dos focos de la elipse de la vida. También esos vocabularios son muy variables. Año tras año se amplían y cambian con voces nuevas, salidas de las profundas intimidades de la sexualidad y de los indisimulables y vergonzantes agobios pecunarios. Son palabras, como hojas de pámpano o de higuera, para encubrir desnudeces. Adán, el bíblico genearca,

apenas fué expulsado del Paraíso Terrenal, donde sólo estuvo unas seis horas según cuenta Fray Bartolomé de las Casas, debió de aumentar su vocabulario paradisiaco con algunos eufemismos que le sirvieran de tapujo. Tal como se cubrió con una hoja y a su abembrada costilla le puso el nombre de Eva, que ya es apelativo "de la tierra", lejos de las infidelidades edénicas. Y si Adán al salir a ganarse el sustento hubiese tenido que recibir dinero, seguramente que habría buscado una palabrota para denominarlo, aunque hubiese sido imitando el silbo del culebrón satánico que lo precipitó en la hombría plena, en la humanidad real. Acaso en la subconsciencia humana esté aún grabado el lenguaje de aquel malévolo reptil y sea éste quien haya inspirado los expresivos símbolos del dólar y de la libra esterlina, reyes de los monetizados valores de la vida de hoy día; pues el peso y la libra no se significan sino por sendas serpientes que envuelven y aprisionan con sus sinuosidades unas débiles líneas axiales de recitud.

Su estudio folklórico será interesante y refleja un momento histórico. Cuba fué país de onzas de oro, luego vino a serlo de pesos, de pesetas y a veces de KILITOS. ¿No indica esto una parábola muy significativa? LA PESETA es todavía entre nosotros un personaje de nuestro drama cotidiano.

Le estrecho sus manos, afectuosamente,

FERNANDO ORTIZ.

Queríamos hablar a ustedes de un tema femenino. Estábamos ahincados en esa indagación de la hembra, cuando con ese desvío propio de la inquietud de nuestro tiempo, que aniquila toda continuidad en la disciplina del pensar, pusimos mano en la averiguación de otra cosa sin nexo con aquélla. Tenía que suceder necesariamente. Si algo es característico de la conciencia epocal es el mariposeo de lo temático, sin esfuerzo ni profundidad.

El filósofo Jaspers suscribe en un bello y agudo libro, "Ambiente espiritual de nuestro tiempo", que el hombre actual, "no quiere esperar y dejar madurar; todo ha de ser satisfacción en el acto: lo espiritual se ha convertido en ocasional diversión del momento".

Sin evadirnos, —antes bien—, apresurados en el signo del tiempo: la satisfacción momentánea, aneja al variar caprichoso, nos dimos a tomar un libro, el más pequeño y fino de entre los lomos del estante: "Indagación del choteo", de Jorge Mañach, contenido de una conferencia dictada desde esta tribuna de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, en su primer ciclo.

Allí quisimos encontrar la pauta sin pauta, la emoción, el arranque, el impulso de hondura interior, o si ustedes quieren, la santificación que el tema escogido exigía. De ahí que el arrimo a las ideas expuestas en las páginas, más que ayer, acrecía el interés en sí, cuando —todavía en caliente— leíamos el ensayo del autor. Releíamos una vez más, como ahora, en alta voz, engolando el tono como para ajustarlo a aquel estilo. Allí el autor expone —justificando su actitud— que nuestro tiempo es

afanoso en cosas insignificantes, precisamente porque lo insignificante es lo que rodea y envuelve nuestra existencia. Y objeta: "Esta misma época nuestra, arisca a toda vaguedad, insiste en reivindicar la importancia de las cosas tenidas por deleznable o ridículas, y se afana en descubrir el significado de lo insignificante. Los temas, que no son sino cosas por explorar, se han renovado con esta preeminencia concedida por nuestro tiempo al estado llano de las ideas. Nos urgen los más autorizados consejeros a que abandonemos las curiosidades olímpicas y *observemos las cosas pequeñas y familiares, las humildes cosas que están en torno nuestro*". "Hay un interés vital en esto. Todo lo que nos afecta debe ser conocido. Lo menudo e inmediato es lo que constituye nuestra circunstancia, nuestra vecindad, aquello con que ha de rozarse nuestra existencia. Mas por lo mismo que lo tenemos tan cerca y tan cotidianamente, se le da por conocido y se le desconoce más". Tenemos que aplicarnos, pues, —resume el crítico— "a la indagación de esa muchedumbre de pequeñeces que empiedran la vida".

Aquí podría plantearse otra cuestión: si el conocimiento de la totalidad está en las cosas o el conocimiento de las cosas está en la totalidad. Claro que es de agradecerse este esfuerzo por levantar la talla moral del "choteo", por darle carta de presentación en Liceos y music-halls, vestido de etiqueta y calzando guantes blancos. Pero no es posible aceptar intrínsecamente su espaldarazo gentil y caballeresco. El "choteo" tiene distintas fases, variantes nada académicas que están lejos de caer en la clasificación general hecha por Mañach. Existe un "choteo" de colapso, que hiere, provoca y da náuseas por su

intención. Hay otro que subleva por el tono sarcástico que se le imprime y cuyos efectos sólo se salvan con una bofetada... Otro más, el que petrifica: "choteo" que nos deja confusos, mal parados, deshechos, "cortados", sin palabras atinadas para responder. Y uno más: el que se hace morboso por su malicia delicada y benévola, el que se apodera de todos, el que hace reír a la misma víctima y pasa al fin como ráfaga de alegría, sin dejar un ceño fruncido ni un rencor malogrado en los ojos.

Hay un "choteo popular" que todos conocemos, que consiste en ese "no tomar nada en serio" de que nos habla Mañach, llevando las cosas por los cabellos, dándole la espalda a la gravedad con un abandono *sui generis* y siempre con el deseo de "relajear" hasta el *sursum corda*. Pero no se detiene aquí. El "choteo" va más allá, se disfraza, se hace cáustico, como *volante* de mostaza, o corta como navaja barbera, o pinta de rojo la faz como el almagre. Entonces surge la "bronca", ya sea en la cantina, en el baile o en la tertulia, en el taller, entre vagos o entre intelectuales.

Mañach pasa por alto esta clase de "choteo", mejor, esta fase del "choteo". Para él, "choteo" es algo así como la "sal" andaluza que pone un poco de gracia en todo y todo lo adorna con espíritu festivo. Es cierto. Pero esto es sólo una de sus variantes, de las que antes hablamos. Vedlo si no:

"Un señor de continente grave y solemne aspecto, narra un hecho personal extraordinario en una tertulia de amigos. Dicho sujeto asegura haber "visto nacer" una mata de "jía" en el sitio donde unas avispas habían sido enterradas exprofeso. Añade, que

siempre la "jía" nace del cuerpo de la avispa muerta. Sus contertulios le escuchan con respeto, aunque nadie le cree, claro está. . . Pero surge un chusco y dice: —Eso no es nada; yo he visto algo más raro—. Durante la guerra de independencia, al pasar un día junto a un jagüey cuyo tronco estaba hueco, vi en familiar reunión una gallina y un gato. En otra ocasión aquello me hubiera sorprendido, pero como iba huyendo, no hice caso. Pues bien, meses después, acerté pasar por allí de nuevo y encontré que la gallina había "sacado" unos pollos-gatos, con garras y plumas, que al cantar decían kikirimiau. . . ."

Es de suponerse la cara que pondría el primer narrador.

Éste es el "choteo" que se impulsa, haciéndole aparecer sin parentela, unigénito del carácter chocarrero del cubano. La generosidad del autor se quiebra ante la diversidad del mismo, precisamente por sus variantes. El "choteo" puede sentar "cátedra" en la Universidad; lo que sí no admite discusión es su origen, su criollidad. El "choteo" es cubano, franca reacción social.

Pero es posible que nos quedemos aquí —como eso puede ser motivo de otro tema— más sociológico que literario, debemos abandonarlo, para continuar. Justificados ya en la actitud curiosa hacia lo insignificante, por el autor de la "Indagación del choteo", diremos ahora, como dimos el salto, en abandono de la hembra inaprehensible —o mejor— como emergió el nuevo asunto. Empeñados en la hembra, nos sorprende uno de los pequeños. —Papy, mira lo que te cogí del saco. Era nada más y ¡nada menos! que una peseta.

Ustedes dirán que en el triple enfoque momentáneo: la mujer, la moneda y el niño, como la atención no es *partita*, y el alma del tiempo es materialista, aquélla se fué más a la moneda, que a la hembra y al niño. Efectivamente: seremos sinceros: como era lo único que teníamos en el bolsillo, por un lógico impulso materialista, el papá cayó en la vorágine sobre la peseta, como cosa más inmediata por lo pronto; luego —a buen recaudo la peseta— dió en el pensar de su historia, su peripecia y su destino.

El hombre actual al aferrarse a la peseta, —no por egoísmo puro sino por realidad biológica, se sumerge en el día. Y es que no tiene otra salida. Esta vida en precario lo desarraiga de su pasado, y la amenazadora perspectiva del devenir lo hunde en mero presente. Ya no es el hombre más que eso: una peseta, o al menos, en la confrontación, se identifica con ella.

Una peseta no puede ser pasado porque no tiene historicidad. La historicidad es en lo que se amontona. Por eso un judío tiene historicidad. Tampoco tiene la peseta carga futura. La peseta es proletaria. Lo proletario se aprieta en síntesis de jornal. El jornal se deslía en satisfacción de diaria necesidad. Por eso el judío, además de pasado, también tiene futuro, a condición de que éste mantenga su categoría caduca; se resuelve sin cambio esencial. La posibilidad de cambio, espanta al judío: de ahí su arraigo al pasado, el horror que siente a la antítesis histórica.

En la peseta no puede haber horror. Identificada con lo proletario, aspira a ser más que peseta.

El hecho aspirativo la sitúa por sí en lo porvenir; pero también lleva una transmutación, que la envuelve a su vez en una prueba dolorosa de fuego. La peseta no le teme a eso. Sabe que el acrisolamiento en ella, además de fatal es necesario, porque de él, advendrá más pulcra, más limpia, más brillante y sobre todo más estimada. Pero entonces, amigos, habrá dejado de ser peseta, por lo cual teníamos razón al decir que la peseta, como peseta, no tenía futuro. De aquí que, siendo nuestro propósito hablar de la peseta y no de su advenimiento, volvamos a ella, aún cuando ahora su enfoque sea menos trascendental y caiga en el, para algunos, mero "folk-lore".

Precisa el detenimiento ante "cosas pequeñas que están en torno nuestro"; indagaciones estimables se han realizado, analizando estos rasgos, como casos psicológicos peculiares. Se detiene la atención de Francisco Ichaso ante el "embullo", lo "cursi", lo "picúo". Alguien se ha dedicado a presentarnos el "ruido" y el "peatón", la "lija", la "trompetilla", el "chiflido". Indumentos como el chaleco, la corbata y el bastón han ocupado la atención de otros. Se habla del "contagio de la recitación". Es que "el folk-lore nos inunda por todos lados y ejerce una presión indudable en el módulo vital de nuestro tiempo". Se piensa en el folk-lore por su riqueza de sugerencias y emociones; doctrina popular, ciencia del pueblo como lo califica el lamentable Unamuno. El folk-lore entusiasma tanto en su interés en sí, cuanto porque encarna positivamente el estudio y reflejo de nuestra psicología, dijimos una vez, hablando sobre Celestino García, el bate más popular de Vuelta-Abajo. Tenemos por ello gran devoción, nos preo-

cupan las exclamaciones populares y daremos en breve, una contribución donde el negro es factor principalísimo, como ha sido en la cubanidad.

Estamos lejos de la nomenclatura, no queremos dar aportes comparativos sobre la peseta, en relación con las demás monedas; sí, mostrar unas aco-taciones en cuanto a lo que ella ha enriquecido nuestro lenguaje popular. Dice el Diccionario de la Academia Española: "Peseta. Moneda, cuyo peso y ley han variado según los tiempos: hoy tiene cinco gramos de una aleación de nueve partes de plata y una de cobre, y es la unidad monetaria en España. Peseta columnaria. La labrada en América, que tiene el escudo de las armas reales entre columnas, y valía cinco reales de vellón. Cambiar la peseta. Frase fig.fam. Vomitar a consecuencia de haberse mareado o emborrachado.

En cuanto a su etimología, peseta es diminutivo de peso, moneda. Peso proviene del latín, pensuta, que significa: Espigón, husada, mazorca, ocupación, oficio, tarea.

Peseta también se apunta como cubanismo, adjetivo-familiar, al que son sinónimos los modismos guaña, tapa, bomba, perjura, chapa, pecuña, soraiba, cócara, suave, t'ambula, pelaña, plana, cunta, beata. Esta última se usa apocada: bea.

Es innegable la preponderancia que tienen las voces africanas en nuestro vocabulario. Significan dinero: guano, guaña guañin, mandinga, cocó, cocona: propina, galardón. Guaña, guañar: ganar, que también se usa en catalán. Catalán pesseta. La forma lemosina pesseta afirma su procedencia de Cataluña;

en el hampa habanera, una peseta. También en el Oriente cubano se oye guaniao: abundante de dinero.

Autores como Macías, Peñalver, Ramos y Duarte, Pichardo, Bacardí, Dihigo, Montori, Zayas, para no citar otros, nos brindan sus informaciones filológicas. Pero hacemos un alto en la obra de Juan Ignacio de Armas, quien, estudiando los orígenes de nuestro lenguaje (1882), dice “que llama lenguaje criollo, a falta de mejor nombre, al conjunto de voces y construcciones peculiares de uso corriente y general en las islas de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, en las repúblicas de Venezuela y Colombia, y en alguna parte de Centro América”.

“Empezó a formarse en las Antillas, sobre la ancha base del idioma castellano, desde los primeros días del descubrimiento; se propagó con la conquista al Continente, siendo designado en sus principios con el nombre de *lenguaje de las islas*; se enriqueció a su vez con multitud de vocablos de las nuevas regiones conquistadas”; adquirió homogeneidad y un carácter distinto, con los primeros criollos; allegó a su formación los más variados componentes; y hoy constituye un cuasi-dialecto castellano, que comprende el litoral del mar Caribe y que será sin duda, para una época aún remota, la base de un idioma, hijo del que trajeron los descubridores y conquistadores de América”.

El ilustre lexicólogo don Fernando Ortiz, en su documentado estudio “Glosario de afronegrismos”, glosa de Henry Dumont, antropólogo francés que escribió en Cuba, en 1876, lo siguiente: “La sal fué y es todavía una moneda lejos de la costa de Africa, avalorándose por las dificultades que ofrece su trans-

porte a las provincias interiores de la Nigricia, que carecen de vías marítimas de comunicación. Las minas de sal son rarísimas en la parte central de algunas provincias, como en la de los mandingas, por ejemplo: Un pedazo de sal de dos pies y medio de longitud y dos pulgadas de espesor, vale entre los negros mandingas hasta cerca de cincuenta francos. En el interior de la Nigricia meridional, en el territorio congo, un pedazo de sal de tres onzas tiene un valor de tres francos". Ortiz añade a lo suscripto por Dumont: "Por eso en Cuba al dinero se le dice todavía "sal" o sea "cocó" y "manguá". Y aparte: "guaña": peseta, es voz de hampa cubana. Puede haberse producido del verbo guañar: ganar en antiguo castellano y aún hoy en el levante español.

Guaña *waña*, es fonema carabalí (Goddie-319) que da la idea de redondez e integra algunas voces así caracterizadas sarcásticamente. Pudo contribuir a fijar y perpetuar el vocablo".

Según el propio Ortiz, los vocablos oyá, cocó, maní, maraca, manguá, significan dinero. De ahí parten otras palabras que, citadas en relación con la peseta, precisan todas ellas su derivación de fuentes afronegrísticas.

—"Manguá morondó" le decía un ñañigo político a Don Fernando Ortiz, pidiéndole *dinero abundante*.

Fulano está "tocaó del queso" porque se le acabó el "guano" —se dice, refiriéndose al que está enfermo del cerebro porque perdió en malos negocios su dinero. Zutano tiene *pasta*, dinero.

Pero es que las palabras —apunta Suárez Solís— “salen todos los días del Diccionario en busca de un poco de movimiento, de actividad, de reparación gimnástica. Desentumecen sus acepciones en el juego de los conceptos y al sol de la popularidad que más caliente. En cada porción del clima del idioma, en cada provincia sintáctica, la palabra toma un color, una talla, un donaire, una figura, una intención peculiares”.

En su Diccionario de voces cubanas”, Constantino Suárez cita solamente seis de los modismos apuntados. *Peseta* le llamamos al “fastidioso”, al “impertinente”. Cuando decimos: “Fulano es un *peseta*”, “No seas *peseta*”. Es etimológicamente, una derivación de *pesado*, para formar el equívoco consiguiente. Refiriéndose a los niños, cuando por la edad, ciertas gracias han dejado de ser simpáticas, se acostumbra a decir: “Está en la edad de la *peseta*”.

Acostumbramos a llamarle “*pesetero*” a la persona tacaña, ruin, al picador de pesetas; al político de actuación poco escrupulosa; al antiguo coche de alquiler que ha sido sustituido por el “*fotingo*”, con igual calificación. Véase como, en 1877, en la obra “Los novios catedráticos”, se ponen en boca del negro Ciriaco, estas palabras, dichas a su hija Clotilde refiriéndose a su primogénito: —“Escucha y resuélvete: hoy poco después de haber salido para ocuparme de los asuntos que reclama tu próximo enlace, al cruzar la calle de Jesús María, sentí que de un *coche pesetero* me llamaban, me dirigí al vehículo y veo muy atrincherado en sus cojines a nuestro querido José el Carretillero”. (1)

(1) Archivos del Folk-lore Cubano.

Vol. V. Nº 2.—La Habana.

Así es como entra la peseta en concepto y popularidad, distinguiéndose por sus variantes en cada porción nativa, contribuyendo después de ese modo, a las varias equivalencias idiomáticas y folklóricas. Precizando la criollez de la peseta en nuestro lenguaje popular, señala Herminio Portell Vilá en su trabajo "Nomenclatura monetaria cubana", que "en vano pretendería un español o hispanoamericano, alejado de Cuba, llegar al conocimiento de la pieza que se quiere designar con esos modismos. En la provincia de Matanzas, especialmente, son muy numerosas y variadas las expresiones usadas con ese objeto, algunas de ellas, a lo que parece, exclusivas de esa región".

Son muchas las oraciones que se forman en cada momento alrededor de la peseta; necesitaríamos tiempo bastante para reproducirlas, porque siempre son nuevas, espontáneas, las más de las veces, acondicionadas al temperamento de la persona que las dice: Son expresiones de la calle, en las conversaciones, en los cafés, en las tabaquerías, donde "el choteo tiene su exponente más genuino". Modismos que se crean y surgen como desprendimientos naturales del pueblo en su eterna preocupación por la "peseta", en adquirir el "guano" para asegurar la "butuba". La complacencia de la "guajirada" cuando se le paga con *ésa* su jornal ganado de sol a sol. A veces resulta alegre, bulliciosa; otras, veleidosa, triste; empequeñece y subleva, como apacigua y contiene, cuando piensa el trabajador en su prole.

Bien gráfico es el modismo *beata*. La califican así porque alguna verdad y afinidad encuentra el pueblo en esta definición clerical.

En todas las actividades de la vida criolla fué la peseta la moneda más popular. El vendedor ambulante estipulaba sus frutos partiendo de la democrática peseta. “Cuarenta mazorcas de maíz tierno una peseta”, se oye por los pueblos cuando la gramínea está en abundancia; “doce huevos una peseta y son de Capellanías”, grita alegre el mulato vendedor de Guanajay, y así sucesivamente. Hay comercios que fijan la peseta como la moneda más alta que puede pagar el pueblo cubano por los objetos que ha de adquirir; fué —y es un fué nostálgico— la moneda ideal en relación con la llamada economía nacional. Tiempos hubo en que nos llevaba a la desconfianza: un amigo nos pedía un “guaña” y, teniéndole, le decíamos: —“No tengo una; toma dos y acuérdate de la deuda”. ¡Cuántas veces hemos salido a la calle con la modesta “tapa” en el bolsillo!

¿Qué se nos dice del vendedor de corbatas, del polaco que nos sorprende a cada paso: —A bessetta, señor, corbatta a besseta? El polaco ha estudiado nuestro carácter, y al llegar se entera que la peseta fija en alto nuestro destino económico. La psicología del país —se ha escrito— es un factor decisivo de aclimatación.

Nuestros antiguos y modernos politiqueros —son los mismos— encontraron en esa moneda el puente ideal para comprar la conciencia electorera.

Señala Suárez, que de labios del pueblo ha tomado parte de las palabras que enriquecen su notable obra: Lenguaje del pueblo, del vulgo —dice, que es el filólogo por excelencia. Hay vocablos que se refieren a “peseta” que no se citan en las distintas fuentes a donde hemos recurrido. Y como el mismo Suárez

objeta, ha dejado de recogerlos “por tratarse de modismos muy locales, de limitada extensión, pues casualmente se trata de un pueblo, el cubano, en el que parece haber individuos que aumentan palabras para su uso particular o familiar, cuando más”. Ejemplo: cunta, plana, bea, cócara, las hemos oído entre “gente del juego”.

Si se quiere penetrar en los secretos de un país —señala Ortega y Gasset— conviene fijarse en las palabras de su idioma que no se pueden traducir, sobre todo cuando significan modos de ser”. El mismo Ortega y Gasset, llama perogrullesca esta razón: “Si falta el equivalente en el lenguaje de los otros pueblos, es que en ellos la realidad significada no existe o existe insólitamente. En cambio, la existencia de un vocablo intraductible revela que cierta clase de hechos forma en aquella sociedad compacta masa y se impone a las mentes exigiendo una denominación”.

Ligada a la Historia de Cuba estará siempre la “peseta”. Nos la trajo España para sostener su política del siglo 19. El Ministro de Ultramar Cánovas del Castillo, el menos realista de los demás políticos españoles, cuando le planteaban la autonomía de Cuba, se fundamentaba en el último hombre y la última peseta”, antes que abandonar la Isla y entregarla a sus hijos. Fijó el anverso que grabó un siglo de opresión en la última moneda de una emisión reaccionaria. De no morir España, el reverso lo fundía un nuevo siglo de fe republicana y liberal, símbolo de un pueblo que pronunciaba una fe y ondea a todos los vientos la bandera que llama a la confraternidad a todos los hombres.

El Partido Revolucionario Cubano, fundado por Martí en 1892, sólo contaba para salir avante en los

empeños del Apóstol, con el sano patriotismo de aquellos emigrados y con “las pesetas” de aquellos obreros tabaqueros, que “pusieron en el Maestro su confianza plena y renovada fe”. Pesetas pedía igualmente Martí, para sostener en Nueva York el periódico “Patria”. Y decía más o menos: “nadie es capaz de imaginarse lo que significa el medio, el real o la peseta con que se contribuye al sostenimiento de un periódico que nace”.

“Mi última peseta es para la revolución cubana”, decía la patriota villaclareña Marta Abreu de Estévez. Recordad la enécdota de Paulina Pedroso “la matrona negra, pródiga siempre en cuidados para Martí —cuando en Tampa, en un taller de tabaquería, riposta valiente a los remisos: “Caballeros: si algunos de ustedes tiene miedo de dar su peseta o de irse a la manigua, que me dé su calsones y aquí tiene mi camisón”.

Una peseta tuvo en la vida pública de Don Alfredo Zayas, dos aspectos; uno, sentimental, como deportado en Ceuta; el otro, más popular, causa objetiva de nuestro ambiente político. Ricardo de la Torriente con sus caricaturas de “La Política Cómica”, popularizó más al político como “el hombre de la peseta”. Oíd esta anécdota:

“Ocupaba la presidencia de la República el Doctor Alfredo Zayas. Comenzaron a inquietarse los Veteranos y Patriotas. El ilustre vecino de Morro 5, habitando el Palacio, hacía sus cabriolas gubernativas con manos de seda y con el factor tiempo como único colaborador. Ante las asonadas estudiantiles exclamaba: Ya llegará el día que me traigan flores...”

Los Veteranos y Patriotas amenazaban con una oposición que culminó en un brote revolucionario. El Presidente Zayas llamó una comisión a la casa presidencial. El día que la recibió, se paró a la puerta del despacho para saludarlos personalmente a todos, porque todos eran antiguos amigos. —¿Qué tal está usted, General? — Muy buenas, Coronel. —Sea bienvenido, Capitán. Y así, con frases parecidas, llenas de afecto, fué dándoles la mano. A uno de ellos, con intención de molestarlo, sabiendo que le rebajaba la categoría, el doctor Zayas lo recibió con estas palabras:

—Mis saludos, Coronel.

Y el veterano protestó: —Se olvida usted que soy General, señor Presidente.

—Es cierto, dijo el doctor Zayas. Es usted General. Yo también lo soy... Hubo un asombro en todos los presentes. El doctor Zayas, a quien nadie conocía como militar, era General? Y el Presidente continuó: —Sí, señores; también soy General. Una vez, cuando yo era un simple ciudadano, abandoné el teatro a las doce de la noche, y me dirigía a mi residencia para recogerme. Me salió al encuentro uno de los tantos picadores que atormentan a los políticos, y que casi a diario recibía una moneda de cinco centavos con que yo le obsequiaba. Aquella noche volvió a solicitar mi ayuda económica. Metí la mano en un bolsillo y me encontré que no tenía monedas de cinco centavos pero sí algunas pesetas. Tuve necesidad de obsequiarle con más esplendidez que la acostumbrada. Y le di una peseta. El pobre hombre, asombrado y contento con su moneda, pronunció esta frase:

—Muchas gracias, General.

Y he ahí como yo también, mediante una peseta, he recibido alguna vez el honroso título de General. . . —terminó diciendo el doctor Zayas”.

El tabaquero, que no tiene la peseta para pagar los *terminales* víspera del sorteo de la Lotería, al que no puede evadirse porque el número que ha de jugar significa en “la charada” lo que ha soñado su mujer la noche anterior, se la pide a su compañero que está en igualdad económica que él, recibiendo esta respuesta muy del ambiente tabaqueril: —Chico, una peseta?; no me hagas esa herida, por Dios, estoy listo. (1)

Búcate plata,
búcate plata,

.....

se deja oír en el verso afrocubano de Nicolás Guillén, cuando en un “motivo de son” la hembra le dice a su negro que le busque plata, la peseta, porque pasa hambre, y no puede resignarse ante su suerte; ella sabe cómo está todo pero hay que comer; la gente dirá que ella es mala cuando tome la resolución de *correrse* y no la

“...quedrán tratá,
pero amó con hambre viejo,
qué va!”

Plata, peseta, preocupación mayor con que se hace la vida llevadera. Es Quintín Barahona, el negro de la poesía de Tallet que toca su cornetín en la “con-

(1) Véase “El tabaquero de Cuba” de G. J. García Galló.

ga”, en la “chambelona”, en todas las fiestas políticas. Ahora “sopla y resopla en la fietta liberá” Y ¿es liberal, Quintín Barahona? Quintín va a la fiesta liberal como fué a las de los demás partidos; él sabe que nadie le dará nada después de conseguido el poder y, víctima del ambiente, se conforma con eso que para los demás es alegría, la alegría que sale de su cornetín; alegría afuera, porque adentro — en el corazón del instrumento, que es el suyo— queda el dolor de la miseria. Por eso va, como dice el poeta, a “tumbar”

la do peseta
en la fietta
de é pattío liberá;
tengo la frita segura
mientras dura
la campaña electorá.

El carretero que hemos oído de madrugada “cantando desde lejos, con voz rajada y larga”. Por su carreta, repleta de caña, camino de la báscula del ingenio, recibirá un comprobante del arrobaje, inferior al que en verdad le corresponde. Víctima del coloso del central, canta su décima, cuyos versos, diciendo de su destino, zigzaguean con el viento.

—Levántate compañero
pues ya la luna declina,
y por la espesa neblina
veo que alumbra el lucero.
Ya vienen los carreteros,
rechinando las carretas,
la “pila” no está completa
y me hace falta cargar
a ver “si quieren” pagar
la miserable *peseta*.

Y el otro, el de más allá, contesta a su compañero:

Nada se me importaría
tenerme que levantar,
y hacer la "mocha" sonar
antes que amanezca el día.
La "pila" completaría
para cargar la carreta,
pero lo que más me inquieta
mi amigo Antonio Pascual,
que sólo voy a cobrar
esa *miser*a peseta.

Cuando se dice: "Oye, dame una peseta si la tienes desocupada"; "voy a buscarme una *plana* que pienso picarle a Fulano"; "Toma esa *bea* y entrégala a Caridad para que haga la butuba"; "Bueno, chico, salud y peseta"; y otras expresiones callejeras, formadas con los distintos modismos que particularizan la moneda de plata de veinte centavos; cuando se oye por lomas de Soroa a un pobre negro que exige su "cunta" por un encargo a él encomendado, donde quiere decir que se le ha ofrecido una peseta, se piensa en la mansedumbre de nuestro pueblo, en el cubano humilde, que se conforma con una peseta, porque cree que con ella tiene en principio, asegurado el pan cotidiano. El hombre que consigue una peseta y cubiletea con ella, está diciendo en silencio su distribución; le urge el enfrentamiento con la necesidad a cubrir. Eso es lo triste del destino cubano: el resolverse en lo inmediato, en vez de buscar la cifra de la continuidad de su destino, la salida del callejón de la tragedia, en aquello en que amaga plasmarse el devenir.

Se habla, se indica, seguir una norma, "mayor felicidad del mayor número, en el sentido de la existencia humana el abastecimiento económico de las mayores masas para la máxima satisfacción de las más diversas necesidades". El hombre —fundamenta Jaspers— sirve al sentido del régimen existencial por el trabajo en que funda la propia existencia. Porque el hombre se encuentra en proceso histórico rumbo a esa meta que necesariamente ha de alcanzar por la voluntad de la mayoría, aunque de momento sea minoría tan sólo, que constituye la vanguardia en el avance hacia un futuro mejor. El hombre ha captado su esencia y puede ahora planear y fomentar lo que en sí ha de venir necesariamente".

Cuando desaparezcan los cambios, las alternativas que limitan el valor de las monedas con los demás valores; cuando otra modificación de convivencia surja —en mejor para ella y para el hombre. Ya se puntualiza la necesidad de cada conglomerado. Para esa confrontación definitiva marcharía de acuerdo también, con la necesidad creadora de cada pueblo. La peseta contribuye a que el hombre —resignado, feliz— se repliegue sobre sí mismo. Por eso el cubano es contemplativo.

La peseta cubana exige tanta atención, que si ella hablara, actuaría como un personaje más de nuestra farándula. Parece tener un sexto sentido. Pero así y todo, trabajamos con ella y por ella, en un teatro amplio, donde representamos todos, sin bastidores.

La trama se desarrolla al momento, y en cada caso se desenvuelve por sí — y como en el teatro— también nos retiramos por el foro, sin que tengamos el marco estrecho de un telón de boca, ni más

decoraciones que nuestro propio yo. Tampoco hay bambalinas, ni diabras, que causen efectos de luz. La peseta ni habla, ni ríe, ni canta, ni protesta ni se duele en esta obra donde juega tan importante papel. Lo único que hace es rodar, dejarse llevar para alentar de alguna manera la tragedia cubana.

Observando nuestra tragedia política y económica, parecen estas palabras —que resumen— del pensador Varona: “Cuba rica, los cubanos pobres. Antinomia que pone en las nubes el buen concierto económico”. Y otra vez estamos en la razón central de la vida, en la economía. Sólo que ese “concierto” que dice Varona, es instrumentado en el medio cubano con la realidad cotidiana de la peseta, santo y seña de nuestra angustia colonialista. Así es, amigos, como la peseta pertenece al pueblo, es el pueblo mismo, su calamidad y su esperanza.

Del pueblo salen las palabras que responden a su estado de ánimo. Voces halagadoras forman una vez la oración que nos presenta alegres; otras, rompiendo el oleaje de pasiones sin freno.

Cuando iniciamos esta lectura, queríamos hablar de un tema femenino; estábamos ahincados en la indagación de la hembra, y la encontramos. Recordemos la primera cuartilla donde glosamos a Mañach. La peseta, entre las monedas, es hembra genuina, una de las cosas “pequeñas y familiares, las humildes cosas que están en torno nuestro, que nos empiedran la vida”.



KENT STATE UNIVERSITY LIBRARY, KENT, OHIO

